

ÍNDICE

Capítulo 0. Preludio, «la leyenda rusa».....	7
José Coronel: Capítulo 1. «Lunes (tres días antes)»	11
José Coronel: Capítulo 2. «Nicolae Balán, mi mano derecha».....	15
Primera aportación de Nicolae Balán (las cosas no son lo que parecen).....	19
José Coronel: Capítulo 3. «Y me llaman Coronel Pig»	23
Primera aportación de Roma (la organización humanista ECE es mi vida).....	31
José Coronel: Capítulo 4. «¡Los cerdos realmente cantan!».....	35
Primera aportación de la mujer de Coronel (¡una esclava soy!)	41
José Coronel: Capítulo 5. «Martes (¡mis cerdos en internet!)»	43
Primera y única aportación de Sara (algo raro pasa con el ruso)	51
José Coronel: Capítulo 6. «La intrigante desaparición del Cojo»	55
Segunda aportación de Nicolae Balán (y me fui a investigar por mi cuenta)	61
José Coronel: Capítulo 7. «Olivera da su diagnóstico, necesitamos un exorcista».....	65
Primera y única aportación de «Er Cojo» (pa mí que argo chungo estaban tramando).....	71
José Coronel: Capítulo 8. «Miércoles (mis cerdos arrasan en internet)».....	75
Primera y única aportación de Ernesto Che (animalista por convicción).....	79
José Coronel: Capítulo 9. «El grupo animalista entra en escena».....	83
Tercera aportación de Nicolae Balán (el ruso me lo aclara todo).....	89
José Coronel: Capítulo 10. «Felip Ro...rocallaura»	91
José Coronel: Capítulo 11. «Manuel trae un ligue a la granja»	95

Segunda aportación de Roma (nos desvela los intereses de los humanistas en esta trama).....	101
José Coronel: Capítulo 12. «Concierto exitoso de los cerdos cantores de Manor».....	107
Primera y única aportación de Manuel (¡cómo se puso cuando se lo conté!).....	117
José Coronel: Capítulo 13. «Jueves (los animalistas impiden la entrada)».....	121
Primera y única aportación de Fernando Heras (yo cumplo con mi cometido).....	131
José Coronel: Capítulo 14. «Concierto frustrado con el funcionario y los becarios».....	135
Primera aportación de la prima de Basil (el misterio empieza a desvelarse).....	143
José Coronel: Capítulo 15. «Animalistas desnudos entran en la granja».....	147
Segunda aportación de la mujer del Coronel (él es así).....	159
José Coronel: Capítulo 16. «Viernes (sangre en la granja)».....	163
José Coronel: Capítulo 17. «El inspector González entra en escena».....	169
José Coronel: Capítulo 18. «Llegan los de la policía científica».....	175
Primera y única aportación del inspector González (la hemos detenido esta mañana).....	185
José Coronel: Capítulo 19. «Noche de alcohol y puros».....	189
José Coronel: Capítulo 20. «Sábado (noches alegres, mañanas tristes)».....	201
José Coronel: Capítulo 21. «El misterio del canto se desvela».....	207
José Coronel: Capítulo 22. «Domingo (todo ha sido un montaje)».....	211
José Coronel: Capítulo 23. «Lunes (el gran enigma de los heterosexuales masculinos)».....	219
Primera y única aportación de Svyatoslav Kuznetsov.....	223
Primera y única aportación de José Coronel.....	227
Nota a la primera y única aportación de José Coronel hecha por él mismo.....	229
Cuarta y última aportación de Nicolae Balán.....	233

Capítulo 0

PRELUDIO. «LA LEYENDA RUSA»

—Yo quiero decir algo. Marrina me ha recordado una leyenda que creo debéis saberr antes de entrar a oírr los cerdos. Es una leyenda que se cuenta en Rrusia a los niños para darles miedo.

Y nos quedamos todos sorprendidos y en silencio.

—Ah, ¿cuál? —Dije intentando parecer convincente aunque lo que realmente pensaba era si esto tenía relación con la petición que casi le había hecho antes.

Basil, ya seguro de sí mismo, empezó a contar una historia con la entonación más adecuada de una noche a luz de la hoguera y con la tormenta como fondo musical, que del entorno en que nos encontrábamos; pero siguiendo el ritmo que le marcaba su poco conocimiento de nuestra lengua y con el peculiar acento consecuencia de su tendencia fonética a arrastrar las erres, soltó, en frases cortas y dilatados silencios, lo siguiente:

—Resulta que hará unos bastantes años en Rrusia ocurrió algo parecido a lo que pasa aquí. En la estepa rrusa vivían el matrimonio Vólkov, que tenía una pequeña granja de unas ciento cincuenta cerrdas. Un buen día, Alexey Vólkov descubrió asustado que sus cerrdos cantaban, ¡como es aquí!

»La canción no la sé, pero también erra algo sobre la esclavitud, ¡como es aquí!

»Al principio se asustaron mucho y decidieron llamarr al veterinario del pueblo más cercano. Éste vino y declaró que no erra una enfermedad pero que erra extraño y lo comunicó a sus superiores. ¡Como es aquí!

Esto hizo que la novedad pasara de boca en boca y que despertara la curiosidad de los vecinos, primero, y de casi toda Rrusia, después. ¡Como...!

—¡Como es aquí! Ya lo sé —interrumpí con una sensación entre divertido e intrigado.

—Entonces, de todas partes empezaron a llegar gente. El matrimonio Vólkov primero los enseñó gratis, pero luego vio la posibilidad de ganarr dinero con las visitas y puso precio. Éste fue aumentando con el tiempo. De este modo pasó casi un año en el que los Vólkov ganaron muchos rrublos. Pero un día la mujer se puso enferrma. Nada grave, pero tuvieron que irr al médico y cerrar la granja. De buena mañana pusieron un cartel que volverían por la noche y se marcharon.

»Durante ese día fueron llegando gente a la pequeña explotación pero, al encontrarla cerrada, algunos decidieron irse. El resto se quedaron con la esperanza que el matrimonio volviera pronto.

»Ya empezaba a hacerrse de noche y el cielo amenazaba tormenta. Aún estaban unas quince personas esperrando en la puerta. ¡Como los que estamos aquí! —y esta vez el silencio fue más prolongado—. Y viendo que la familia Vólkov no volvía (se habían quedado a dormir en el hospital ya que les faltaba hacer una prrueba a la mujer), decidieron entrar rompiendo el candado de la puerta. Y así lo hicieron.

»De lo que pasó seguidamente sólo se sabe lo que dijo un hombre que logró llegar a una granja cercana instantes antes de morir por las horrosas herridas que tenía por todo el cuerpo —y dejó resbalar las erres en el aire con toda mala intención—. Lo que contó el único superviviente a los granje-rrros vecinos fue que entraron y no oyerron nada. Pero que al encender las luces encontraron algo que no se esperraban. Vieron a los cerdos saltando al pasillo y corriendo hacia ellos. El grupo de humanos intentó escaparr pero ya no estuvieron a tiempo, los cerdos les atacaron y los mataron arrancándoles la carne de sus cuerpos a morrdiscos —¡hostia!, ¡esto nos dejó a todos, incluso a mí, realmente acojonados!

»Rápidamente avisaron a la policía y, estos, al ejérrcito. Cuando llegaron a la granja se encontraron los restos de ca-

torce cadáveres casi totalmente devorados y sangre y vísceras por todas partes. Las paredes estaban todas salpicadas de rojo y había charrcos del mismo color por el suelo —¡en este momento, si alguien hubiera tirado un petardo o lanzado un chillido en la sala que estábamos, como seis o siete infartos seguro que caen!— Pero lo más enigmático es que no hubo ni rastro de los cerrdos. Habían desaparecido. Con helicópteros y soldados en tierra buscarron hasta rastrear un perímetro de cuarenta kilómetros alrededor de la granja. Diez veces más de lo que puede correr un cerrdo en un día. Y nada. No los encontraron —ahora, Basil, ya había ganado el premio al mejor asustador de la sala.

José Coronel: Capítulo 1

«LUNES (TRES DÍAS ANTES)»

—Buenos días, Coronel.

—Buenos días, Nicolae —devolví el saludo a quien considero mi mano derecha en la granja.

—Ayer, en un programa de la tele dijeron que los humanos nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos; pero que las mujeres, a diferencia de los hombres, entre estas dos últimas etapas les queda poco espacio para el sexo. Tú que eres psicólogo, ¿a qué crees que es debido? —Es mi mano derecha y amigo pero, he de reconocer, que tiene una neurona que se le obstruye. Y esto casi siempre le ocurre a primera hora del lunes debido a las perniciosas radiaciones recibidas el fin de semana.

—A que ves demasiada televisión —fue un intento de evidenciarle su problema.

—No me has contestado.

Debo comentarte que este hombre, además de adicto a los reportajes sensacionalistas, es uno de los seres más tercos que conozco. Y como sabía que insistiría hasta agotar mi paciencia, busqué entre los pocos conocimientos de la carrera que mi memoria aún retenía para improvisar una respuesta que, a ser posible, exculpara al sexo masculino.

—Me parece que a ellas les falta testosterona y a nosotros nos sobra.

Y, por supuesto, después de alcanzar este nivel tan elevado de razonamiento científico, fue inevitable que de nuestras mentes surgiera el siguiente intercambio de estupideces. Nicolae fue el primero en hablar:

—Ah... ¿Y no podríamos pasarles un poco?

—Ya me gustaría.

—Entonces, ¿se podrá comprar en la farmacia?

—Dicen que en las gasolineras —un poco de sarcasmo siempre ayuda a mantener el tono.

—Coronel, tú señora ya tiene dos niñas y ya ha acabado, ¿no?

—Jodido rumano, y la tuya dos niños.

En este punto despisté con el móvil, ya que sé, por experiencia, que podemos seguir divagando hasta la extenuación, casi siempre asumiendo el rol de víctimas, cuando tocamos el tema de las mujeres. Tampoco era aconsejable deprimirnos un lunes por la mañana y con toda una semana por delante. Así que inicié el repaso diario:

—¿Cómo está todo?

—Por ahora bien, las máquinas han dado de comer sin problemas. Hay tres cerdas en el pasillo de la nave dos para pasarles el ecógrafo.

—Bueno. ¿Qué más?

—Nada que salga de la normalidad. Los turnos del fin de semana no han notificado ninguna incidencia importante.

—Okay? —Teatralicé ridiculizando el tono.

—Sí, señor Jefe Coronel —ya imaginaba que no podría evitarlo y que soltaría una provocación.

Siempre me ha jodido que me llamaran por este título. Y él lo sabe. Así que reaccioné rápido con lo más punzante que se ocurrió:

—¿Qué hará tu esposa cuando te despida por llamarme señor Jefe Coronel?

—Cerrará las piernas —he de reconocer que fue una buena respuesta: rápida e impactante. Tanto que no tuve más remedio que darle la razón y, solidarizándome con él, añadí la siguiente reflexión ideológica.

—Tienes razón, es como estar muerto en vida.

Esta, como era de esperar, nos acarreó un breve silencio repleto de malos presagios. Pero no debíamos dejarnos abatir tan fácilmente, nuestro orgullo masculino requería remontar la situación, así que, pasados unos instantes de desánimo procuré aligerar la tensión emocional volviendo a los asuntos del trabajo.

—¿Los silos están llenos?

—Han llamado de la fábrica que los llenarán por la tarde. Que el SMS que les ha llegado de ellos dice que tenemos suficiente y que prefieren optimizar otra ruta.

—Como un día las máquinas se vuelvan locas armaremos un “cerdada” increíble —intenté hacerme el simpático y soltar un chiste inteligente.

Normalmente, Nicolae hubiera añadido algún comentario burlón a mi última aportación pero inauditamente se quedó en silencio y con la expresión de quien quiere decir algo.

—¿Y? —Sabía por experiencia que retirarse en pleno combate no era usual en él. Estaba demasiado imperturbable esa mañana y quería conocer la razón. Por este motivo apoyé mi pregunta infligiéndole un volumen más elevado.

—Sí...Hay una otra cosa... —Contestó apartando la mirada.

—¿Qué? —Realmente había algo que le preocupaba.

—Nada. Es una cosa rara.

—¿Rara? —Este adjetivo no me lo esperaba. Esto me alarmó.

—Muy rara.

—¿Muy rara? —Empezaba a preocuparme.

—Una pasada.

—¿Y...?

—No estamos locos.

—¿Estamos? ¿locos? —Que un hombre hecho y derecho intentara justificar un estado tan poco probable aceleró mi pulso.

—Rodri, Manuel y yo.

—Me asustas —y esto no lo dije por decir.

—Ya, es que...

—Bueno, jodido. Olo sueltas ya o llamo a tu mujer —es lo que creí que sería más contundente.

—Es que...

—Ya me estás jodiendo el día.

—¡Las cerdas de la máquina 19... CANTAN!

Y apareció el silencio incómodo de los incrédulos que duró hasta que le pregunté:

—Ah... ¿cantan?

—Tararean.

—¿Qué tararean?

—Una melodía.

—¿Habéis bebido?

—Te juro que no.

—¿Es una broma?

Y sonó de improviso una llamada en mis manos que, a resultas de la tensión acumulada, me sobresaltó de tal manera que el móvil salió despedido para caer estruendosamente en el suelo. Nicolae, por supuesto, aprovechó para escabullirse y salió pitando hacia la nave de partos mientras lo recogía.